Estándares morales

“Quien es sabio, que entienda estas cosas; quien es prudente, que las comprenda. Porque rectos son los caminos del Señor, y los justos andarán por ellos; pero los transgresores tropezarán en ellos.”

— *Oseas 14:9*

EL TÉRMINO “moralidad” proviene de una palabra latina que significa “modales, carácter, comportamiento apropiado”. La moralidad se define, además, como “principios relativos a la distinción entre el bien y el mal o el buen y el mal comportamiento”. En la actualidad, a muchos les preocupa la creciente falta de

reconocimiento de estas diferencias. Cada vez más, lo que en el pasado pudo haber sido considerado correcto o incorrecto, y buena o mala conducta, a menudo ha perdido estas distinciones. Además, se acusa de no ser inclusivos a los que continúan ateniéndose a normas de moralidad anteriores y más estrictas; de ser “anticuado” y no estar al día con el llamado “progreso” del pensamiento moderno; o, peor aún, son condenados por ser intolerantes, extremistas o, incluso, “haters”.

En conjunción con lo anterior y específicamente con respecto a las relaciones personales e íntimas entre una persona y otra, numerosos términos y frases se han vuelto de uso regular por parte de líderes gubernamentales, grupos activistas, medios de comunicación y el público en

general. Expresiones tales como: LGBTQ; matrimonio del mismo sexo; pareja; transgénero; bisexual; identidad de género; no binario; y otros términos relacionados que hoy leemos y escuchamos rara vez formaron parte de la conversación pública en el pasado.

Como cristianos, ¿qué debemos hacer con esto y cómo debemos responder? Respondemos que la Biblia debe ser la norma para el seguidor de Cristo. En el capítulo inicial del libro de Génesis, encontramos las palabras: “Dios creó al hombre a su propia imagen”. (Gén. 1:27). En el siguiente capítulo, leemos: “Entonces, el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente. (...) Más tarde, el Señor Dios dijo: ‘No es bueno que el hombre esté solo. Haré un ser adecuado para él, para que lo acompañe. (...) Entonces, el Señor Dios durmió al hombre en un sueño profundo. Cuando el hombre estaba dormido, le quitó una de sus costillas y cerró la carne de donde la había sacado. Entonces, el Señor Dios formó una mujer de la costilla que había tomado del hombre y la presentó al hombre. (...) Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. (Gén. 2:7, 18, 21, 22, 24, versión en inglés de la Versión Estándar Internacional). Con el transcurso del tiempo, sin embargo, esta pareja masculina y femenina cayó de su pureza creada, y el pecado entró en el mundo.

A lo largo de las edades que siguieron a la caída en pecado de nuestros primeros padres, muchas perversiones de la relación entre el hombre y la mujer se enredaron en la sociedad humana. Así, siglos después en el Nuevo Testamento, el Apóstol Pablo hizo estas fuertes declaraciones: “¿No saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No se engañen: ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se

dejan abusar por la humanidad, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el Reino de Dios. Y así eran algunos de ustedes: pero ya fueron limpiados, ya fueron santificados, fueron justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”. “Hagan morir las cosas pecaminosas y terrenales que acechan dentro de ustedes. No tengan nada que ver con la inmoralidad sexual, la impureza, la lujuria y los malos deseos”. (1 Cor. 6:9-11; Col. 3:5, versión en inglés de la Nueva Traducción Viviente; véase también Rom. 01:18-27).

Nuestra responsabilidad actual como cristianos, creemos, es ser guiados por las enseñanzas de la Biblia con respecto a la pureza moral, tanto hacia nosotros mismos como cuando hablamos con aquellos con quienes entramos en contacto que pueden cuestionar nuestras creencias o que pueden tener una actitud receptiva al testimonio de las Escrituras. El juicio de la posición personal de los otros ante Dios, sin embargo, no es nuestra responsabilidad en este momento. A este respecto, Jesús nos advierte: “No juzguen, para que no sean juzgados”. (Mat. 7:1). Con estas cosas en mente, examinemos algunos ejemplos de la Palabra de Dios que brindan lecciones y una orientación que pueden ser de ayuda para nosotros, tanto en lo que se refiere a nuestro propio caminar, como también cuando entramos en contacto con otros.

EL DESVÍO DE ISRAEL

En nuestro pasaje bíblico inicial, el profeta Oseas dirige las palabras de Jehová a la nación de Israel. El pueblo escogido de Dios había caído en una condición de infidelidad nacional y una desviación general del favor de Dios. Esto pesaba mucho sobre el profeta, y trató de llamar la atención sobre su estado de mala reputación y

degeneración moral. La nación se había depravado a causa de la idolatría y el resultado había sido una actitud temeraria hacia los valores morales. De hecho, parece que el Señor permitió que los propios problemas domésticos de Oseas plasmaran en él el punto de vista divino de la infidelidad de Israel a Jehová. (Os. 1:2-9; 2:1-13).

Al examinar la profecía de Oseas, notamos su declaración de que Dios tenía una “controversia” con el pueblo de Israel en cuanto a que no había fidelidad a su relación de pacto. No había más bondad en su actitud hacia Dios o hacia su prójimo, y no había “conocimiento de Dios en la tierra”. Con la conciencia adormecida respecto de las leyes y las providencias de Dios, los israelitas se habían olvidado de Dios y de su necesidad de él. (Os. 4:1-6). Oseas, cuyo nombre apropiadamente significa “salvación”, estaba profundamente preocupado por la salvación, o la recuperación, de su pueblo respecto de sus malos caminos. Por lo tanto, les advirtió del castigo que seguramente vendría sobre ellos si no se volvían y se arrepentían. Más tarde, en Oseas 6:1-3, el profeta ruega a su pueblo que regrese a Dios y reciba una vez más su bondad amorosa y su perdón.

Oseas señala que el libertinaje, la infidelidad y la ebriedad estaban presentes no solo entre el pueblo, sino también en los lugares altos de autoridad en Israel. (Os. 7:1-7, NTV). Tal conducta traería graves consecuencias si no se reconociese y corrigiese. Esta lección puede aplicarse no solo al antiguo Israel, sino también a las personas y las naciones de nuestra sociedad contemporánea.

La preocupación de Dios por su pueblo, como padre amoroso por sus propios hijos, también se muestra en el mensaje de Oseas. “No destruiré completamente a Israel, porque yo soy Dios y no un simple mortal. Yo soy el Santo que vive entre vosotros, y no vendré a destruir.

Porque algún día la gente me seguirá. Yo, el SEÑOR, rugiré como un león. Y, cuando ruja, mi pueblo volverá temblando desde el occidente. Como bandada de pájaros, vendrán de Egipto. Temblando como palomas, volverán de Asiria. Y los haré volver a casa, dice el Señor”. (Os. 11:9-11, NTV). Al reflexionar sobre estas palabras, nos impresiona la misericordia y la ternura de Dios hacia los israelitas. Dios también está interesado en el bienestar eterno de todos sus hijos humanos y, por medio de los agentes de su reino venidero, “los habitantes del mundo aprenderán lo que es la justicia”. (Isa. 26:9).

LA EXPERIENCIA DE DAVID

Las Escrituras hablan de David como un hombre conforme al corazón de Dios. (1 Sam. 13:14; Hechos 13:22). Sin embargo, con todos sus logros, sabiduría, habilidad, buen juicio e, incluso, su humildad y reverencia a Dios, la naturaleza humana caída de este siervo de Dios sucumbió a las tentaciones malvadas e inmorales. En la superficie, parece difícil dar cuenta de tales pecados en alguien con un carácter tan fuerte.

Sin embargo, es probable que las transgresiones de David no hayan sido del todo repentinas. Seguramente, había habido pasos en falso en el camino. El proceso fue gradual, con un clímax alcanzado casi de manera imperceptible. Probablemente, David se había contagiado de la actitud orgullosa que, en este mundo, acompaña a menudo al poder, la popularidad y el éxito. En consecuencia, no percibió, sin duda, su propia debilidad moral. Como rey, su palabra era suprema, y el pueblo de Israel esperó para cumplir sus órdenes. El triunfo lo había acompañado en el campo de batalla; su reino se había expandido y disfrutaba de un nuevo nivel de prosperidad. Sin embargo, en toda esta victoria y exaltación, acechaban sutiles tenta-

ciones de las que no se cuidó.

Fue en medio de esta prosperidad exterior, que fue una declinación de la piedad interior, que David cometi6 los terribles cr6menes contra Dios y el hombre registrados en 2 Samuel 11:1-27, que fueron su relaci6n il6cita con Betsab6 y el subsiguiente asesinato del esposo de ella, Ur6as. La naturaleza humana ca6da, ¡cu6n d6bil y propensa al pecado es! C6mo conducir6 ciegamente a aquellos bajo su poder a cometer actos que en un pensamiento m6s sobrio ser6an evitados y despreciados. As6 fue con David, un hombre muy amado y honrado por Dios, pero aun as6 cay6.

Gracias a Dios existe tal cosa como el arrepentimiento y la remisi6n de los pecados. Dios envi6 al profeta Nat6n para revelarle a David sus grandes transgresiones y para reprenderlo, como est6 registrado en 2 Samuel 12:1-12. Ahora, d6ndose cuenta de su culpa, no ten6a m6s que dos cursos posibles ante el rey. Uno era el arrepentimiento, la confesi6n y la reforma; el otro, denunciar al profeta y usar su poder real para castigar a uno que se atrevi6 a reprender a un rey. La nobleza profundamente arraigada de David prevaleci6, y, con un coraz6n angustiado, dijo: “He pecado contra Jehov6”. (V. 13).

En esta victoria sobre su propio orgullo y ego6simo, David demostr6 ser un h6roe m6s grande que en todas sus victorias y haza6as anteriores en la batalla. En el Salmo 51:1-17, David hace una confesi6n p6blica de su pecado y de la gran misericordia y perd6n de Dios. Con sus palabras, exhorta a todos los pecadores a orar a Dios con prontitud por el perd6n divino, antes de que sus corazones se desv6ian hacia el mal camino.

El proceder de David es digno de elogio para todos los que se han apartado en alg6n grado de los caminos del Se6or. Adem6s, es un ejemplo de c6mo Dios edu-

cará misericordiosamente y, en su reino, perdonará a toda la humanidad que llegue a conocer y amar sus justas leyes. De este tiempo, el profeta escribió: “Y no tendrán que enseñar más cada uno a su prójimo y cada cual a su hermano, diciendo ‘Conozcan al Señor’, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande —declara el Señor—, pues perdonaré su maldad y no recordaré más su pecado”. (Jer. 31:34).

ADULTERIO: EL TESTIMONIO DE JESÚS

El decreto “no cometerás adulterio” es uno de los Diez Mandamientos de la ley de Dios, tal como fue dada al pueblo de Israel. (Éxodo 20:14). En su forma más básica, prohíbe la profanación del contrato matrimonial entre un hombre y una mujer. El adulterio se castigaba con la muerte. (Deut. 22:22). En el Antiguo Testamento, los adúlteros también se agrupan con los homicidas, los traicioneros, los hechiceros, los que juran en falso y los que oprimen a otros. (Job 24:14,15; Jer. 9:2; Mal. 3:5).

Nuestra atención adicional se dirige a las palabras de Jesús sobre este tema: “Ustedes saben que se dijo: ‘No cometas adulterio’. Pero yo les digo: ‘El que mira con malos deseos a la mujer de otro, ya está adulterando con ella en el fondo de su corazón’. Así que, si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo lejos de ti. Más te vale perder una parte del cuerpo que ser arrojado entero al infierno”. (Mat. 5:27-29).

La palabra infierno que aparece en este pasaje se traduce del griego “Gehenna”, que es una interpretación de las palabras hebreas para el “Valle de Hinnom”. Este valle se encontraba a las afueras de Jerusalén y se usaba para quemar basura y otros residuos no deseados. Los fuegos se mantenían ardiendo continuamente y, si surgía la necesidad, se agregaba azufre para ayudar a la com-

bustión. Sin embargo, nunca se permitió que ningún ser vivo fuera arrojado a la Gehenna y, conforme a la ley judía, no se permitía torturar a ninguna criatura. (Jer. 7:30,31). Por lo tanto, simboliza la muerte eterna —la inexistencia—, pero no la tortura. No fue sino hasta la Edad Media que la idea no bíblica de que Gehenna era un lugar de tormento eterno se deslizó en las enseñanzas religiosas.

En el pasaje anterior, Jesús nos enseña a modo de ilustración que es mejor renunciar a uno de los miembros de nuestro cuerpo que perder la vida eternamente. La lección es de dominio propio. Nos es más provechoso negarnos a satisfacer los deseos de la carne, aunque a veces estos nos parezcan tan cercanos y queridos como nuestro “ojo derecho”, que dejarnos vencer y perder la promesa de que se ha ofrecido a los cristianos un lugar en la fase celestial del Reino de Dios.

Durante la fase terrenal del Reino de Dios, se harán cumplir las leyes divinas, pero, en ese momento, se brindará asistencia a las personas para que puedan alcanzar la perfección. Entonces, será esencial no solo que todos se conformen en apariencia a los mandamientos, sino que la condición del espíritu y del corazón también esté en armonía con Dios. Nuestro Señor mirará en el corazón del individuo y juzgará en consecuencia.

LA IGLESIA DE CORINTO

En el capítulo 5 de 1 Corintios, el Apóstol Pablo aborda una situación de inmoralidad que existía en la iglesia de Corinto y de la que había tomado conocimiento. “No es bueno que se jacten”, escribió, indicando que tal vez los hermanos de Corinto se enorgullecían de su falso sentido de amor fraternal que los hacía tolerar tal condición. (V. 6).

En el caso de un ofensor en particular que había llamado la atención de Pablo, el apóstol ordenó que la iglesia lo expulsara de su comunión, como él lo expresó, “para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu pueda ser salvado en el día del Señor Jesús”. (V. 5). Pablo habló de esta acción como la purga de la “levadura” en medio de ellos. La levadura en las Escrituras siempre se usa como símbolo del pecado en una forma u otra, nunca como una influencia pura y saludable.

Que la inmoralidad haya existido en ese tiempo en una congregación cristiana puede parecer extraño, pero no tanto si tomamos en consideración los hábitos anteriores de algunos en Corinto, que habían aceptado a Cristo y se habían adherido a su pueblo. Los griegos en Corinto eran, predominantemente, adoradores paganos. Venus era una diosa muy venerada. Un historiador ha escrito: “La adoración de Venus aquí estuvo acompañada de un libertinaje vergonzoso”.

La Ley Mosaica fue única en su delineación de estándares morales, y la adhesión del pueblo judío a estos los diferenció de los gentiles que los rodeaban. Prácticas como las definidas por la Ley como inmorales habían sido parte del culto idólatra de muchos de los nuevos conversos con anterioridad. Por lo tanto, entre los miembros de la iglesia de Corinto, la inmoralidad tal vez no era vista con el mismo grado de repugnancia que habría tenido si las prácticas hubieran sido menos comunes en la sociedad en general. Sin embargo, tales cosas eran contrarias a la voluntad de Dios y, como se indica en el relato, Pablo tomó fuertes medidas para corregir el desorden.

Sin embargo, esta posición inflexible tomada por Pablo contra el mal fue hecha por amor. Él revela esto en su segunda carta a la misma iglesia. (2 Cor. 2:1-11). Pablo estaba planeando visitar a estos hermanos y no quería que

nada estropeará el gozo de la ocasión. Elogió a la iglesia por tomar la acción contra el malhechor que él había instado. Además, consideró que así el hermano había aprendido la lección y, para evitar sobrecargarlo con demasiado dolor, aconsejó a la iglesia que fuera perdonado y regresara a su comunión. Si tomaban esta acción, explicó Pablo, él se uniría a ellos en ella, creyendo que esta también sería la actitud que tomaría Cristo. Así vemos no solo que Pablo quería que se corrigiera el mal, sino también que el malhechor fuera restaurado al favor y la comunión entre los hermanos y con el Señor.

LECCIONES ETERNAS PARA TODOS

Durante la era actual, los cristianos fieles han dedicado sus vidas a seguir a Jesús al presentar sus cuerpos como un sacrificio vivo que ha sido aceptable para el Padre Celestial. (Rom. 12:1). Estos han sido llamados de todas las naciones de la tierra para ser los miembros elegidos de la clase de la novia celestial.

Aquellos que responden a esta invitación celestial son justificados, o están bien, a los ojos de Dios. (Rom. 3:22-24; 5:8-11). Están alerta, no solo en cuanto a los preceptos morales básicos de justicia, sino de mayor importancia aún, para limpiarse de las faltas secretas de la mente y el corazón. Al darse cuenta de la necesidad de protegerse contra estos comienzos del pecado y de mantenerse en una condición limpia y pura, acudirán en oración a la fuente de la gracia a menudo para buscar ayuda en cada momento de necesidad.

La santidad de la relación matrimonial se enfatiza por el hecho de que el Señor la usa como una ilustración de la unidad de Cristo y la iglesia, su “novia”. Pablo presenta una lección maravillosa en este sentido y, para concluir, dice: “Gran misterio es esto [la relación matrimo-

nial]; pero yo hablo de Cristo y de la iglesia”. (Ef. 5:22-32).

De acuerdo con esta ilustración, el apóstol escribió a la iglesia de Corinto y dijo: “Los he desposado con un solo marido, para presentarlos como una virgen pura a Cristo”. (2 Cor. 11:2). Los cristianos que son fieles a Cristo —aun hasta la muerte— estarán unidos con él en la gloria celestial cuando se realicen las “bodas del Cordero”. (Ap. 2:10; 19:7).

Pablo también exhortó a la iglesia, al decir: “¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en ustedes, que tienen de Dios, y que no es de ustedes? Porque han sido comprados por un precio; entonces, glorifiquen a Dios en su cuerpo”. (1 Cor. 6:19,20). El simbolismo del templo se usa en el Nuevo Testamento de dos maneras. Uno de ellos está en la Escritura anterior, en la que Pablo se refiere al cuerpo carnal de cada creyente como un “templo”, la morada simbólica de Dios a través de su Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios el que ayuda al cristiano a lograr y mantener la pureza de corazón, pensamiento, palabra y acción. (Rom. 8:11-13).

El otro cuadro del “templo” usado en el Nuevo Testamento es presentado por el Apóstol Pedro. Escribió: “Ustedes también, como piedras vivas, son edificados como casa espiritual y sacerdocio santo”. (1 Pe. 2:5). Aquí se habla de cada seguidor de los pasos de Jesús, no como un templo, sino como una piedra que se prepara para ser parte de una “casa” espiritual, o templo, del futuro, una “habitación de Dios”. (Heb. 3:6; Ef. 2:19,22). De manera similar, Juan, el Revelador, escribió: “Al vencedor, lo pondré como columna en el templo de mi Dios”. (Ap. 3:12).

Esto está de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia de que Cristo y su iglesia juntos, como la “simi-

ente” de Abraham, serán el canal a través del cual las bendiciones prometidas de Dios finalmente llegarán a “todas las familias de la tierra” durante los miles de años del reino mesiánico. (Gál. 3:8,16,27-29; Ap. 20:6).

En ese reino de justicia, toda la humanidad habrá tenido la oportunidad de aprender las lecciones necesarias relacionadas con todos los aspectos del pecado y sus desastrosos resultados. Sobre ese tiempo, el profeta dice: “La tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar”. (Isa. 11:9). De hecho, este es el propósito “bueno y aceptable” de “Dios nuestro Salvador, que desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. (1 Tim. 2:3,4, versión en inglés de la Nueva Biblia Estándar de los Estados Unidos). ■